

conocedor que acentuaba el monóculo llevado con insistencia al ojo izquierdo, lo husmeaba todo, haciendo elocuentes gestos con su cabeza monda.

Cuando volvieron a la sala, doña Lola habló de la carestía del carbón y de lo ladronas que eran las criadas. ¡Una cosa horrible! Aquél, por las nubes; y éstas, cada vez más amantes de lo ajeno. Le habían robado el pájaro de una «toca» de invierno: ¡un animal «chulísimo!»— Y lo que afirmaba ella—: ¿Para qué lo querían? ¿Gusto, no más, de despojar al prójimo?

Si semejante tópico de conversación lo hubiera aceptado Sofía, de buen grado, en la calle del Sabino, pareciale inadecuado para alternar con el flamante Luis XV. Así es que no fué maña la que se dió para llevar la plática hacia rumbos más interesantes y distinguidos. Se habló de la actriz italiana que «hacía furor» en el Arbéu.—Ondarza y Perrín externó su opinión: le parecía harto espiritual y flacucha; en su concepto, las mujeres de teatro deberían ser arrogantes, entradas en carnes, para que produjesen la verdadera emoción trágica.—No abundaron en igual criterio las señoritas Alcalá. Obstinábanse en defender a la artista: era una maravilla de elegancia. ¡Ni más ni menos que lo que se requiere en las comedias de Hervey, de Capus, de Lavedan!

Tronó entonces—mesuradamente—el senador contra el moderno teatro francés, que reputaba como simple sucursal de los modistos de la *Rue de la Paix*. Era el digno funcionario un ciego partidario de la moral en el arte.

—Yo abogo por que volvamos al viejo idealismo... ¡Oh, los buenos sentimientos! Mientras los antiguos dramaturgos se empeñaban en exaltarlos, estos de ahora los deprimen, al extremo de haberlos convertido en una piltrafa...

No conciben sino mujeres adúlteras y maridos cornudos... Cuando bien nos va, presentan al género humano tal como es: feo, egoísta, brutal, sucio. ¿Y no les parece a ustedes, señoras mías, que esto no abunda en mérito, y, sobre todo, en higiene?... Tengo para mí que la higiene, aun en sus más complicadas *externalizaciones* morales...

Iba a continuar, creyendo sin duda encontrarse en alguna sesión del Senado; pero se interrumpió al ver que la dueña de la casa se adelantaba a recibir hasta el *hall* a Berta Güemes, su recentísima amiga, quien, acompañada de su hijita Niní y de un monuelo sietemesino, encanijado, de polainas, que era novio de ésta, le hacía la primer visita.

—¿Qué tal, Berta?—exclamó el senador, tendiéndole la mano, con el rostro iluminado, sin acordarse ya de la moral ni de la higiene—. ¡Tú siempre tan guapota! Yo te hacía aún en Tehuacán...

—Pues no; ya ves... Regresé ayer. *El Riego* está precioso...

—¡Y te probó! ¡Sí, ya se ve que te probó!—observaba Ondarza y Perrín, admirando, amén de la suntuosa corpulencia de ella, su auténtico color que a leguas trascendía a salud—. ¿Y tu marido?

—En *La Higuera*... ¡Ay, pero qué mal pensado eres, hombre! No te rías. Ya sabes: así se llama la hacienda de la testamentaria de los Vargas. Patricio la deslinda ahora...

—Oye...—interrogó Elisa Alcalá a su hermana María, quedamente, mientras la recién llegada discretaba con Ondarza—. ¿No es esta señora la que dió mucho que hablar en el baile del Centenario?

—La mismita.

—No, creo que no; si se decía entonces que

don Manuel cortejaba a la viuda de Holden...

—¡Quita allá, simple! A ésa todos la cortejan... Pero la pasión de Ondarza es y ha sido esta... ¡Toda una historia romántica! Ayer me la contó Jorge Bazán en casa de las Sánchez...

A pique estuvo de volver la charla a las menudencias con que se iniciara. Si no del carbón ni de la servidumbre, sí habló Berta Güemes de los listones. Había una escasez considerable de ellos en los almacenes...—Era Berta un catálogo viviente de «novedades» de la estación—. Pelinegra, de ojos color de avellana muy vivos, ocultaba divinamente sus cuarenta años bien corridos. Su hija Niní semejaba su hermana menor. No había tienda ni tertulia semiaristocrática donde no fuese conocida y hasta popular la esposa del ingeniero Güemes. Decíase que pecaba de liviana. Nadie, sin embargo, podría comprobarlo. Lo que está fuera de duda es que la guapa dama, sin ser rica, gastaba un tren que para sí lo quisieran los Escandones; y que a su marido no le faltaban contratas del Gobierno, sobre todo desde que don Manuel Ondarza y Perrín tenía la sartén por el mango.

—¡Oh, qué delicia es Tehuacán! ¿No lo conoce usted, Sofía? Pues se lo recomiendo. Sobre todo, para las personas que se resientan de fatiga, me parece ideal... Si no hubiera ido allá, me muero. Yo soy mujer muy ocupada de ordinario... ¡Ay! Esta sociedad exige mucho de nosotras... ¡Y luego, las modas! No le dejan a una ni un instante de reposo...

Los cristales de los balcones se irisaban con los últimos destellos crepusculares, cuando Elisa Alcalá, a instancias de Sofía, cantó, con su voccecita acariciadora, de acentuada pronunciación francesa, una romanza vagamente sensual de Cecilia Chaminade. —*Toi que j'ai ren-*

*contrée au bord des flots amers...*—suspiraba la hija del coronel, emocionada, fijando sus pupilas de indefinible languidez en los flamantes cortinajes, entre cuyos pliegues se desvanecía la dorada penumbra de la tarde.

Después la señora de la casa sirvió el té. ¡Había que ver con qué gracia ponía los terroncitos de azúcar en las tazas humeantes! Diríase que aquel arte, tan ponderado en los salones, lo había aprendido como por encantamiento. —Niní y su tórtolo, que en un rincón se hallaban, sin decir esta boca es mía, agradecieron a la de Bringas la amabilidad con que les ofrecía pastas, haciendo delicadas alusiones a su «estado espiritual» de enamorados.

El salón esplendía con su admirable instalación eléctrica, cuando aportó por allí Jorge Bazán.

—¿Dónde andas, perdido, que tanto te das a deseo?—díjole Sofía con un guiño afectuoso—. Alguien se estaba ya muriendo por ti...

Sonrió Julia al escuchar tales palabras. ¡Como que se moría de veras, sosteniendo desgana tantos paliques insulsos, avergonzada del esfuerzo que hacía para despegar los labios, cuando nada tenía que decir a aquella gente!

Con la entrada de Jorge creció el barullo. —Caía en gracia al bello sexo por sus indiscreciones y ocurrencias, y casi le aventajaba en frivolidad—. Se habló hasta por los codos. Salieron a relucir las «tijeras». Discretamente, mansamente, se desollaba allí al prójimo. Al cabo la conversación hubo de desviarse hacia más serios tópicos, en cuanto Berta Güemes, entre bromas y veras, empezó a soltar pullas a Bazán por lo que ella llamaba con sorna «su credo político».

—Ya sé... Ya sé que está usted convertido en un Marat...

—¿Quién le ha dicho a usted tal cosa, señora? Yo no he hecho más que seguir las tradiciones liberales de mi padre.

—¡Vaya, Jorge! ¡Las tradiciones! ¡Qué gracia! Tradiciones eran también seguramente las que le movían a usted, hace poco, a ser corifeo de don Ramón Corral.

—Perdóneme, Berta, que le contradiga en absoluto—replicó el joven, poniéndose colorado—. ¡Yo no me mancho nunca! Si ahora proclamo los principios democráticos de la Revolución, es porque así me lo mandan arraigadísimas convicciones.

—¡Los principios democráticos! ¡Las convicciones!—gruñó el senador, haciendo un gesto de desagrado, en tanto que dejaba caer su monóculo sobre del nitido chaleco—. Esa música fué la que trajo al país patas arriba hasta el 77... Créame, Jorge, créame: lo de la democracia, entendido a la mexicana, es algo tan mal oliente que harto vale la pena de que las gentes decentes nos tapemos las narices...

Era la primera vez que Ondarza y Perrín abandonaba su continente grave. Jorge se exaltó. Y menuda hubiera sido la tremolina si las señoras no hubiesen hecho coro a Berta Güemes, que decía:

—¡Calma, caballeros! Haya paz, que tiempo tenemos de divertirnos en cosas más sanas que la política, mientras esos paladines del Norte vienen a quitarnos la camisa...

—¡Que no vendrán, por lo demás!—aseguró el senador—. Afortunadamente, las instituciones se hallan asentadas sobre de sólidas bases, y no podrá desquiciarlas una revolución que hasta hoy no ha alcanzado triunfos militares de importancia.

—¿Así lo cree usted, don Manuel? Bienaventurados los ciegos...—concluyó Bazán.

Tal incidente, sumado a la ausencia de personas que Sofía esperaba y que no asistieron, agrió la tertulia. Así hubo de comprenderlo el ama de la casa, cuando, media hora después, alentando la esperanza de que no acaéciera otro tanto en el próximo té, despedía a sus amigos, diciéndoles:

—¡Hasta el tercer jueves!

Jorge Bazán se brindó a acompañar a las Alcalas. Y Julia, que se había quedado sola en la iluminada estancia, teatro presunto de soñadas victorias sociales de su madrastra, suspiró, acordándose de la vieja reja, de la olvidada casa, de la quietud de antaño. A partir de aquel día su vida encaminábase por sendero diverso: ¿Hacia la dicha? ¿Hacia el dolor?

## XIII

Poco antes de las cinco de la tarde bajaba Jorge Bazán por la Avenida de San Francisco, cuando en la esquina de la de Isabel la Católica se encontró con su viejo amigo y compañero el diputado Ernesto Larrea.

Era el 25 de mayo de 1911.

No disimulado regocijo animaba el semblante de Jorge. Desde por la mañana, en su retiro de la calle de Medellín, había presentido el sordo malestar de la ciudad. Una turbación inmensa diríase que flotaba en el aire; algo extraño, inusitado, inexplicable, que afectaba a seres y a cosas. No era la agitación, latente a partir de la caída de Ciudad Juárez en poder de los revolucionarios. Al contrario: la agitación se había concentrado en las almas, y en el ambiente la sustituía sorda calma preñada

de amenazas. Sin darse cuenta de ello, Jorge mismo estaba turbado. En medio del júbilo que la lectura de la prensa matinal le causó, tenía una vaga sensación de temor por el fenómeno social que se realizaba.—Todo estaba bien, en concepto suyo; se justificaba todo. ¿Qué de raro había en que un pueblo, cansado por treinta años de dictadura, rompiera las cadenas que a ésta lo sujetaban?—Sin embargo, incapaz de reprimir su nerviosidad y zozobra, que le impedían hallar asiento en la solitaria morada, se lanzó a la calle.

—¡Hola, Ernesto! ¿Qué tal? ¿Vienes de la Cámara?—preguntó, estrechando la mano de su amigo. Y como advirtiese que en la faz morena, con colores de manzana madura, del joven diputado, lejos de pintarse el terror, se insinuaba una sonrisa ingenua, casi infantil, que no concordaba con la gravedad del momento, titubeando hubo de interrogarle: —¿Y qué me cuentas... de interesante?

—¡Nada! Que ya pasó todo...

—¡Cómo!

—Sí. El presidente y el vicepresidente de la República presentaron sus renunciaciones...

A pique estuvo Bazán de soltar una exclamación de alegría. Pero se contuvo. Larrea era su amigo de infancia, y por convicciones y antecedentes de familia pertenecía al que ya en aquella sazón cabía llamar «el antiguo régimen».

Silenciosos continuaron sus pasos a lo largo de la avenida. Esta, de ordinario tan risueña, mostraba entonces un aspecto lúgubre. El tráfico se había suspendido. Los grandes almacenes estaban cerrados. El arroyo, limpio de carruajes y no del todo de basuras, reflejaba en el espejo gris del asfalto, hasta los confines de la Avenida Juárez, la claridad dudosa de un

sol declinante, envuelto en nubes. Por las aceras, curiosa turba, compuesta en buena parte de gente de la clase media y obreros, discurría, con apariencias de rebaño, hablando, no a gritos, sino en voz queda, cuyo rumor opacaba el rítmico de las pisadas. De vez en cuando, y procedentes del Zócalo o de la Avenida Juárez, chusmas astrosas, en las que figuraban no pocos chiquillos y mujeres, pasaban, agitando banderas, con botes a guisa de tambores que producían infernal ruido, al cual se mezclaban gritos, vociferaciones sin cuento, sobre los que culminaban los de «¡Viva la Revolución!» «¡Viva Madero!» «¡Abajo el tirano!»

Y, a pesar del estruendo de aquel tumulto, grave silencio se cernía sobre la ciudad; un silencio que se creería envuelto en la solemnidad trágica del misterio...

Por tres veces Larrea y Bazán recorrieron la avenida, desde Mercaderes hasta Guardiola, sin decir palabra. De pronto, viendo que una multitud ascendía por la de Bolívar, hacia el Colegio de Niñas, la siguieron. En el jardinillo de este nombre menester les fué detenerse. Imposible avanzar más. Un doble cordón de soldados cerraba el paso en la calle de Cadena, y arremolinábase la muchedumbre frente a ella, extendiéndose, como las olas invasoras de un mar, por las adyacentes de Zuleta y Bolívar. Unos trepaban a los postes; a los árboles del jardín otros; algunos adheríanse a los pilastrones del templo vecino; la mayoría de ellos permanecían en pie, apretujados, con más curiosidad que furia en sus rostros lampiños o barbudos, morenos o trigueños. Lloraba, en los maternos brazos plebeyos, tal cual chicuelo. Dominaba una inquietud sorda. El vocerío de los «papeleros», pregonando las «extras» de la tarde, sonaba a lo lejos.

Jorge Bazán, henchido de impaciencia al mirar aquella turba muda, inmóvil, pasiva, se decía: —«Pero ¿qué hacen? ¿Qué esperan? ¿Por qué esa inmovilidad?»

De pronto, resonó un grito:

—¡Muera el *Caimán!*

A éste sucedieron otros, a cual más ofensivo y estruendoso:

—¡Abajo el *Pelón!*

—¡Muera Porfirio Díaz!

—¡Viva la libertad de la Revolución!

—¡Muelan a su madre los *Científicos!*

—¡Viva Madero!

Las vociferaciones se hicieron crueles y repetidas. Flotaba sobre de la chusma un vaho de sudor y de alcohol. A los rugidos de los hombres seguía el chillido ladino y preñado de injurias de las mujeres. La multitud, sintiéndose comprimida dentro del espacio ocupado, se agitaba. Reñía. Puñetazos van y puntapiés vienen, todo ello acompañado de imprecaciones, alborotaban al ya de suyo revuelto populacho.

En tanto, los soldados continuaban inmóviles, descansando el fusil, con los curtidos rostros serios, casi hieráticos. Tras de ellos colubraban haces de *mausers*, algunas ametralladoras y artillería. Los oficiales charlaban, fumando. Un capitán, a caballo, recorría a ratos la calle, pasando de la esquina de Bolívar a la de Isabel la Católica.

Y entonces el diputado Ernesto Larrea, abrumado por los acontecimientos, que para él revestían las proporciones de una catástrofe; mareado por el fétido olor que impregnaba el ambiente y por el innoble vocerío, pensó con tristeza en las muchedumbres. Semejante a las que conociera en los libros, al pasar por el aula inolvidable de la Escuela de Jurispruden-

cia, era aquélla, cuyos ímpetus furiosos bastaban a contener los uniformes de un centenar de soldados. Era la misma turba inconsciente, medrosa, en la que laten salvajes instintos; la que no sabe nada, ni siquiera la causa de su cólera; la que obra por impulsiones externas, obediéndolas ciegamente; la que, incapaz de pensar que por sí sola arrollaría a la doble fila de soldados que ante ella se hallaba, contentábase con saciar, no su odio — porque no lo tenía —, sino su agitador instinto atávico, con palabrotas sonoras que lanzaba como dardos al hombre invisible de quien apenas conocía el nombre.

Atenaceado por la pena; lleno de un sentimiento de piedad, que subía de muy hondo, y considerando que el amigo de la niñez que junto de él estaba, no era en aquel momento su amigo, Larrea se despidió bruscamente.

Por algún rato más presenció Bazán aquellos históricos sucesos. Al fin, ya aburrido, y solicitada su curiosidad por lo que en otras partes pudiera acaecer, tomó nuevamente el camino por donde viniera. No había andado mucho cuando, en la Avenida Juárez, frente por frente del Teatro Nacional, topó con don Manuel Ondarza y Perrín.

Iba el senador por la acera, contoneando su humanidad rolliza, con el sombrero hongo ligeramente ladeado, bien manejado el bastón y apretada entre los dientes la larga boquilla de ámbar, a cuyo extremo humeaba el cigarro. Con una sensación de júbilo que le hacía cosquillas en todo el cuerpo, cogiólo del brazo Jorge.

—¿Qué hay, don Manuel? ¡Usted por aquí, a estas horas!

—Y a cualquiera otra que sea, licenciado.

—respondió Ondarza, sin cuidarse de la embo-

zada impertinencia—. Vuelvo ahora a casa...  
¿Y usted, cómo va?

Bazán ofreció acompañarle. Bajarian por Bucareli, y dirigiríase él a la Colonia Roma, para recogerse, ya que nada de importancia mayor quedaba por ver. — Por algunos instantes guardaron silencio. No parecía sino que ambos acumulaban fuerzas para acometerse. Al menos así lo pensó Jorge, el cual dijo:

—No estará usted satisfecho de sus pronósticos de la otra noche, en casa de Sofía...

—De los pronósticos, sí: obedecían a bien ordenada lógica; del resultado de ellos, no... ¡En este país todo sucede al revés, amigo!

—Así piensan los enemigos de la Revolución.

—Yo no soy enemigo de la Revolución— declaró el senador.

Jorge, paralizado, se detuvo. Miróle de hito en hito. Luego se echó a reír.

—Pero, ¡hombre, don Manuel, qué novedad! ¡Ja, ja!... Aunque ya se ve: a partir de hoy, la Revolución no tiene enemigos: todos la quieren muchísimo y la recibirán con los brazos abiertos.

—No se ría usted, Jorge. ¿Quiere que nos expliquemos con calma? Míreme usted bien: estoy sereno... Aquella noche, lo confieso, me exalté. Usé palabras que acaso no debí usar. En fin: que perdí la gravedad que todos me reconocen, por un tiquismiquis nervioso, como cualquier mortal... Ahora es diferente. Sostengo, pues, que no soy enemigo de la Revolución.

—Sin embargo, ha sido usted amigo de la Dictadura.

—¡Claro! Como que ambas cosas se compaginan.— Reflexionó un instante, botó la colilla y, después de haber guardado la de ámbar en

el estuche, prosiguió: —Que se ha realizado en México una obra grande, convirtiendo a la vida de la paz y del trabajo a un pueblo que desde el año de 1821 hasta el de 1877 se agitó en vanos tumultos, cosa es que nadie puede negar...

—La obra ha sido de tirano.

—Como era necesario, como era inevitable que fuese... ¿Cree usted que los países jóvenes, en que faltan unidad de raza, riqueza explotada, educación, y, sobre todo, y más que todo, espíritu de disciplina, se gobiernan con halagos y caricias? La «dictadura porfiriana», como ustedes la llaman, no se improvisó. Obedece a una necesidad histórica del medio.

—La misma que hoy la derrumba, sin que, como ustedes dicen, haya beneficiado en nada al pueblo mexicano, puesto que éste no cambió en un ápice, y, mientras los paniaguados se enriquecían, yace en la ignorancia y en la miseria.

—¡Transformar a un pueblo! ¡Como si fuera tan fácil! Ni en treinta años, ni en un siglo, se transforma a un pueblo. No por arte de magia se nos transformará a nosotros los mexicanos, que siempre exigimos derechos, sin acordarnos de los deberes; y que, juntamente con las virtudes, tenemos los vicios atávicos de dos razas...

—¡Pues la Revolución nos transformará!

—No lo creo. La historia de México en el siglo XIX sólo se compone de revoluciones, y nosotros seguimos siendo los mismos...

—... A pesar de la benéfica dictadura de seis lustros —interrumpió el joven, con sorna.

—¡Naturalmente! Sólo que con una diferencia, que acaso nos salve: la de que en treinta años de paz se anda mucho, y no en vano se prueban los frutos de la civilización. Esta se ha infiltrado poco a poco. Ha abierto escuelas,

creado fábricas y talleres, tendido rieles. Y, sobre todo, ha amamantado, formándola de pies a cabeza, a una clase verdaderamente intelectual y culta, producto legítimo del medio, en cuyas manos está la futura dirección del país... ¡Será el pensamiento el que se oponga victorioso a los arrebatos de los malos instintos atávicos que han retardado el progreso de la nación!

—¡Bravo por la retórica!

—Yo no concibo —prosiguió Ondarza, imper turbable— que los Gobiernos «hagan» a los pueblos; son éstos los que hacen a los Gobiernos. Hay una institución gubernamental tipo para cada tipo de pueblo. Y mientras el pueblo no cambia de alma, mientras no se transforme, no podrá cambiar de institución.

—Así, pues, su señoría nos condena a los mexicanos a una eterna dictadura.

—Eterna, no; quizás larga, encubierta, y poco a poco atenuada, hasta llegar al tipo de gobierno democrático puro; que no alcanzaremos en tanto no se haya cumplido la labor de cultura, de moralización, de colectivo bienestar por la riqueza.

—Pues jeso, eso es lo que se propone la Revolución! —gritó Bazán, impaciente.

—Por lo mismo digo que soy amigo de ella; o, más bien, de sus principios. ¿Que es preciso resolver el problema agrario? Sí, señor; mas, para resolverlo, necesitamos dejar resuelto antes el de la irrigación. ¿Que es menester que todos los mexicanos voten? De acuerdo; mas, para ello, se impone limitar el sufragio en tanto se cumple la tarea de educar, intelectual y moralmente, a todos los mexicanos, a fin de que tengan conciencia de sus derechos y deberes cívicos. ¿Que no debé haber reelección? No la habrá, cuando las elecciones sean efectivas...

Mientras todo eso y otras cosas más no sucedan, a las revoluciones seguirán dictaduras y a las dictaduras revoluciones, según acontece con la mayoría de estos desventurados pueblos hispanos de América... ¡No soy enemigo de la Revolución, lo repito! ¡Amo sus principios, y cuánto daríamos los hombres de bien por verlos implantados en esta pobre patria!... Lo que dudo es que llegue a establecerse por la violencia, cuando para lograrlo más bien se requiere sabiduría, genio político... ¡Ojalá que el movimiento que ahora triunfa no vaya a tornarse crónico! Lo temo infinitamente. Mirando al calamitoso pasado de la República, no puedo menos de recordar a usted las palabras de Rivarol en los comienzos de la Revolución Francesa: «¡Desdichado de aquel que remueve el fondo de una nación! ¡No hay siglo de las luces para el populacho!»

—Usted y yo, don Manuel —afirmó Jorge Bazán, secamente—, nunca llegaremos a entendernos. Pertenece usted a una generación petrificada en un campo exclusivo de ideas...

Habían llegado ante la puerta de la casa del solterón; y el senador, tendiéndole la mano, respondió:

—Tiene usted razón. Acaso no llegaremos a entendernos.— Y agregó después, con oculta melancolía—: Soy de la vieja generación, sí; de la que escapó de las llamas de la guerra civil. ¡Cuánto daría por equivocarme en las ideas adquiridas en larga y trabajosa vida, a costa de tantos quebrantos! De todas suertes, deseo que ustedes, los jóvenes de la generación que llega, sean la salvaguardia, el honor, la gloria de la Patria.

Y se metió en el zaguán. Jorge alejóse pensativo.

Sobre la ciudad flotaba un trágico silencio.

## XIV

Un año pasó.

En el torbellino de correrías y saraos, de recepciones y bailes, de vida inquieta y rumbosa que en el transcurso de aquél había soplado en la casa del antiguo comerciante don Miguel Bringas, hízose, a mediados de mayo de 1912, doloroso paréntesis: Julia, atacada por grave dolencia, no bajó una mañana al comedor.

De antaño sufría la señorita Bringas frecuentes trastornos del estómago. Mientras su existencia fué normal, cuidadosamente regularizada, y bien equilibrados afanes y solaces, el mal permanecía en letárgica quietud. Mas, a poco que se cambiaron a la nueva y fastuosa casa, tornó Julia a sus olvidados achaques. Culpa de ello la tuvo el desorden que caracterizó la vida de entonces: aquel vertiginoso ir de aquí para allá, de salón en salón, de teatro en teatro y de tienda en tienda, con la eterna avidez de lucir y de gozar, que constituía la preocupación única de Sofía. Los motivaba también el pensar de la hija en las tribulaciones del padre, que si jamás vió, bastante las presentía, al borde del abismo de derroche, súbitamente abierto, que amenazaba tragárselos. Y no alcanzaba menor parte de culpabilidad en la decadencia de la muchacha el listo de su novio, más que nunca metido de cabeza en la política; en la política que, ya por aquel tiempo, empezaba a ser amenazadora, debido a los movimientos de sublevación y discordia que en diversas regiones del país se sucedían, originados por la atávica e inmoral ambición de los

caudillos que condujeron al triunfo a los soldados revolucionarios.

Desde fines del año anterior Julia había enflaquecido. Su color, de tan pálido, se antojaba terroso.— Dos meses antes, en enero, contemplándose al espejo, pensó con tristeza: «El no me querrá; estoy tan fea...»—Y al asociar semejante idea con el proceso de su amor, tan raquítico y pobre desde que Bazán se consagró a los asuntos públicos, una desesperación callada la torturaba. Negóse a salir. Rechazó paseos y trajes. No tocaba ni estudiaba. A solas en su cuarto de la azotea, con los brazos laxos, reclinada en el muro, dejaba transcurrir las horas, sin pensar en nada, sin nada desear.

Una vez Jorge, advirtiendo su desvío, le preguntó:—«¿No me quieres ya, Julia?»—Y ella, por toda respuesta, se echó a llorar.

Su padre se consternaba, cuando no la reñía. Sofía, con dulzuras primero, acabó por resquemarse. A falta de su hijastra, Bazán la acompañaba en sus correrías. Ambos parecían hermanos. Dos sentimientos les identificaban: la ligereza; la vanidad. Sofía loaba con ardor los triunfos políticos del abogado, quien se hallaba en vísperas de ser diputado, y hasta subsecretario de «algo»—¡quién dice que no!—, dados sus manejos y adhesión a la nueva causa. Habíase hecho revolucionaria; ella, tan pegada de aristocratismo ayer, y tan amante de sacar a colación los méritos de papá en el Ministerio. Y Jorge, que necesitaba eso, que en su novia sólo encontraba mutismo y reserva ante el flamante derrotero que le señaló el destino, se aficionaba cada vez al trato con aquella moza que, más que casada, soltera se la juzgaría, por lo vivaracha y presumida.

«Jorge—le dijo ella una tarde, paseando solos en el coche, por Chapultepec—: eres el



hombre ideal. Tienes ambición, tienes fuerza, tienes juventud. Aspiras a todo y todo lo puedes. ¡Si los hombres, en general, fuesen como tú...! ¡Qué suerte de Julia la de haberte conocido!»—Por la primera vez hablaba en serio. Desde que ocurrió su social encumbramiento, había adoptado un *cachet* reidor y bromista que estimaba de buen tono.—Y él, que en la embriaguez suprema de su triunfo semejaba una esponja seca, con delectación suma tan laudatorias palabras absorbía, agradeciéndolas infinitamente.—Sus amigas, en sociedad, llegaron a decir, en son de guasa, a Sofía: «¡Ay, mujer, cómo quieres a Jorge! Si parece tu marido...»—Ella reía, con su risa de chicuela mimada, con sus labios rojos, con sus ojos negros; y los dos proseguían su vida loca, de halagos mutuos, de confidencias, de satisfacciones.

En ello estaban—y no pecaría quien afirmase que olvidados de la hijastra—, cuando los repetidos quebrantos de ésta hicieron crisis.

—Hija mía... Hija mía... ¿Qué tienes?—interrogaba ansioso don Miguel aquella mañana de mayo, al penetrar en la alcoba de la doncella.

Reinaba dentro calmosa penumbra. Sobre la mesita que junto del balcón se veía, marchitábanse dos lirios en el oro de un rayo de luz. La enferma, perdida bajo de las mantas, sólo dejaba ver, resaltando de la nitidez indecisa de la almohada, su bella cabeza en desorden, su afilado rostro y sus ojos febricitantes.

—Papá...—murmuró—. No te apures... Al cabo no será nada... Lo de siempre... El estómago...

Hacia las once llegó el doctor Ruelas. Seguía de moda. Frisaba ya en los treinta y cinco años, y no perdía aún su afición a las bonitas corbatas.—Examinó a la enferma. Diagnosti-

có. Recetó. No era nada de cuidado: una fiebre intestinal en la forma ordinaria. Pasaría, sin dar sustos.—Eso sí: tranquilidad para la enferma; dieta rigurosa... y calomel, ¡mucho calomel!

Jorge Bazán recibió noticia de lo acaecido por teléfono.—Lo sentía muchísimo. ¡Lástima que no pudiera visitar desde luego a Julia! Disponíase en ese instante a marchar a Texcoco, donde le reclamaban los trabajos preparatorios de su campaña electoral.

No sin secreto disgusto hubo de suspender Sofía, por la tarde, su visita a la viuda de Holden. Sentada junto a la cama de la enferma, en la habitación ya casi a oscuras, entrecerraba los párpados. Pensaba en lo bien que le saldría la *matchicha*, en casa de la alemana, a su amigo el rubio vizconde de Tierras Negras, noble portugués que se desposó, meses antes, con una mexicana que a falta de blasones poseía talegas.

Con débiles ruegos se negó Julia a que alguien la acompañase. El mal continuó su progresión ascendente durante el día que siguió. Cambiáronse algunos telegramas con Jorge, Sabedora doña Eduvigis de lo que ocurría en casa de Bringas—ya no llamaba «Miguel» a su yerno—, no pudo impedir que la cojita, desde por la tarde, se instalara en el cuarto de su amiga, resuelta a no moverse de allí en tanto que no la viera sana y salva.

Intensísima era la fiebre al quinto día, y amenazaban complicaciones pulmonares. Así lo expresó Ruelas, atemorizado, anunciando que próxima junta de médicos se efectuaría. Al obscurecer, Rosa María encendió una lamparilla de aceite, sobre la mesa de noche, ante la Dolorosa. Expresamente había mandado traer de su casa la imagen, y de rodillas a un paso